

Las nupcias del palomo

Por Andrés Henestrosa

En un mundo de la antigüedad mexicana, el macho por antonomasia era el palomo. Palomo, padre y hombre se decían con la misma palabra. No era por su poder genésico, por su capacidad de engendrar, sino por su porte y figura, tamaño y rigurosa presencia. No el águila caudal ni el gavilán: el palomo era el varón y el padre.

Bexo, bexoxe, bixoze: palomo, palomo-hombre, palomo-padre: *xe, ze,* el hombre.

¿De dónde vino que el palomo fuera la imagen del hombre, su representación, su tótem en el mundo de los zapotecos? No sé contestar; sólo respondo que en mi idioma varón, hombre y padre se dicen con la misma palabra. A veces he arriesgado esta explicación. Otra ave de corral quizá no conocieran que el palomo y la paloma. De su costumbre y conducta amorosa, la misma que las del hombre y la mujer, vino, he llegado a creer, que consideraran al palomo el macho, el hombre, el padre. Pájaro de cielo y tierra: vuela, pero hace tierra. Enamora siempre, con la misma hembra, que no queda cargada en cada coito y pone a lo largo del año: cada huevo producto de todos los saltos. No tienen los palomos tiempo de apareamiento, de encastar, de cruzar: hombre y hembra están pronto, prestos, dispuestos al amor. Si tienen estación de celo, ésta ha de ser muy breve. Todo es una larga y una sola primavera.

Como la paloma no menstrúa, ni tiene cuarentena, toda hora es propicia a la dicha genésica y a la propagación de

la especie. La conoce, la desconoce y la vuelve a conocer, nuevo José y vera María.

No los vi encastar en rusticidad, sino en el patio de la casa. A los palomos domesticados; a los otros sólo los conozco al vuelo, libres, perdidos en el monte. Pero no han de ser distintas sus nupcias.

Tiene el palomo una manera de cantar que es de tristeza, de soledad, de orfandad. Pero hay la otra, que es de amor, que es llamado, que es ruego y queja, como si algo doliera en el cuerpo cuando se quiere engendrar. No sólo en el día, como otros pájaros que he visto, encasta el palomo; también lo hace de noche, según se advierte de su canto, o zureo. Empieza a zurear despacio, tenuemente; luego sube de tono, se acelera el compás, se llena de urgencias; de halago que parece al principio, como que se convierte en reclamo, en reproche y agresión. Su canto parece como el de una ave más grande, más poderosa. Las plumas brillantísimas y de variados colores, alcanzan nuevos matices; se diría que arden, que se queman; ellas o la luz sobre ellas.

El palomo tiene un andar acompasado, balanceado, un andar majo y fanfarrón. La paloma es más tranquila, muy garbosa, muy señora, como dice la copla. Durante el asedio y el asalto amoroso, casi no participa. Se diría que es indiferente, que toma las cosas como naturales, más cosas del señor que de la señora. Es él quien hace todo. Arrastra el ala; baila, gira rápido; vuelve a la carga. Zurea desesperado, mientras ella permanece quieta. Luego acercan sus cabezas; se dan el pico, la lengua iba a decir. La monta el palomo, ella siempre boca abajo, como la primera vez, como todos los animales, sino el hombre, desde que descubrió que de los dos, un vaso no es idóneo.

A la manera del gallo a la gallina, el palomo toma a la paloma suavemente por la cabeza y la pisa mientras agita ruidosamente las alas y abre en abanico la cola. Un instante no más. La boda se cumplió. Antes de unirse, casi, las dos cloacas quedaron selladas. Queda el palomo como atolondrado, como ido, como próximo a un desmayo. Muy triste al parecer se queda: la carne es triste, hélas. Y entonces la paloma que parecía inactiva durante un rito nupcial acaricia a su compañero, lo mima, lo besa, como si le hablara, hasta que se repone y vuelve en sí. Y el muy ingrato busca el arrimo de otra paloma: esa que desde un rincón fue testigo de sus bodas. ♦

